LS.H
M7488s

Monner Sans Ricardo
El siglo XVIII (introduccion al estudio de la vida y obras de Torres de Villarroel).

S.H
17488s

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

R. MONNER SANS
C. de la R. A. de la Historia
de las de Bellas Letras de Sevilla y Barcelona
y de la de Artes Nobles, de Aragón

EL SIGLO XVIII

(Introducción al estudio de la vida y obras de Torres de Villarroel)

CONFERENCIA
Leída el 19 de agosto de 1915, en el
COLEGIO NACIONAL BUENOS AIRES

BUENOS AIRES
R. HERRANDO y Cía., impresores, 25 DE MAYO 140
— 1915 —

LS.H
M7488S

R. Monner Sans
C. de la R. A. de la Historia
de las de Bellas Letras de Sevilla y Barcelona
y de la de Artes Nobles, de Aragón

EL SIGLO XVIII

(Introducción al estudio de la vida y obras de Torres de Villarroel)

CONFERENCIA
Leída el 19 de agosto de 1915, en el
COLEGIO NACIONAL BUENOS AIRES

488817
31. 3. 49

BUENOS AIRES
R. HERRANDO y Cía., impresores, 25 DE MAYO 149
— 1915 —

EL SIGLO XVIII (1)

(Introducción al estudio de la vida y obras de Torres de Villarroel)

Sr. Director:

Señoras y señores:

Los críticos más juiciosos, así nacionales como extranjeros, los más prudentes, aquellos que suelen llevar la prudencia hasta las lindes de la timidez, como si temieran que del fondo de las tumbas se levantaran sones de protesta, después de asentar el hecho para ellos incontrovertible de la decadencia literaria española en el siglo XVIII, y de pasar en revista, deseosos de hacer el recuento, los ingenios de aquella centuria, van citando nombres, indicando obras, puntualizando aciertos y estampando elogios, tanto, que al hacer a manera de síntesis el catálogo de laudatorias citas y de epítetos encomiásticos, llega la mente, no sin cierta perplegidad, al convencimiento de que hubo exceso de severidad al juzgar en conjunto las manifestaciones intelectuales de los españoles de aquel siglo. Podría sospecharse, sin quizás andar muy alejados de la sana razón, que la admiración sentida por los ingenios de las pasadas centurias, deslumbró de modo tal a ciertos críticos que no acertaron a descubrir, encandilados por los áureos destellos de no igualadas bellezas, los resplandores con que iluminaron el cielo del arte los Hervás y Arteagas, los Feijóos y Sarmientos, los Campomanes y Jovellanos, las Mayans y Moratines, los Campmanys y los Gallardos.

Para proceder justicieramente, y no acumular opacidades con que obscurecer celajes; para enderezar las pisadas por el camino de la lógica, debiera averiguarse, primero el estado de Europa en general, y en especial el de España, desde la mitad del siglo XVII a fin deducir, creo, que la crisis intelectual de que se acusa a la península hispana, pesó a la par sobre las demás naciones, sin ex-

---

(1) Conferencia leída por su autor, el 19 de agosto en el Colegio Nacional Buenos Aires.

cluir a Francia; y luego parangonar ingenios considerando con atención su profunda labor; y si de aquel estudio y de este parangón resultare que el intelecto español no sólo no estuvo ocupado del sueño de una ociosidad vituperable, sino que en varias ramas señaló nuevas orientaciones al saber mundial, y que en cuanto a excelsos hablistas — y estos son pocos en todos los países — y en número de escritores, competir podemos con las demás naciones, forzoso será convenir, aunque el convencimiento destruya afirmaciones de dogmático carácter, en la sospecha antes apuntada, o sea en que los fogonazos encandiladores de la Enciclopedia ultra-pirenaica, cegaron a cuantos creen que el caudal literario y científico de un pueblo se apoya en el número, cuanto más crecido mejor, de los que, con razón o sin ella, se afanan por quebrar moldes, enterrar glorias, romper tradiciones y astillar tronos. Al lado del filósofo Arouet, o sea de Voltaire, puesto al desnudo por De Maistre y Carlyle, bien puede colocar España, si el buen Padre desde más excelsa vida no protestare, a Lorenzo Hervás "el primer filósofo del mundo", según el parecer del poco sospechoso Navarro-Ledesma.

Encaminémonos, pues, con tiento por las frondosidades de nuestra producción intelectual, y no nos dejemos tiranizar por erróneas afirmaciones que, rodando de libro en libro, y recogidas por la ingénita pereza de no pocos, hallaron albergue en los cerebros de los más.

¿Cómo se encontraba España en los últimos tiempos de Carlos II?

Cedamos la palabra a un regio poeta y a la par literato de verdadera autoridad, don Gaspar Núñez de Arce.

"Al finalizar el siglo XVII — dice el autor de los "Gritos del combate" — la fuente de nuestra inspiración nacional está del todo cegada; la ruina es completa, y la lobreguez absoluta; no hay ramo alguno del humano saber que se salve del general naufragio; todo perece en él, ciencia y arte, fondo y forma, pensamiento y expresión. Nuestra inteligencia, y acaso nuestra conciencia, parece como que quedan atrofiadas."

Antes nos había dicho que "España... ofrece el espectáculo tristísimo a fines del siglo XVII, de una suspensión absoluta y simultánea de todos sus elementos de cultura"; y después, al llegar al siglo XVIII, entiende que debe considerársele si no como el más

brillante de nuestra historia, como uno de los más fecundos; aplaude de la labor realizada durante los reinados de Felipe V, Carlos III y principios del de Carlos IV, y cita los inmortales nombres de Feijóo y de Campomanes, no sin antes referirse a la institución de las Academias y a la fundación de las Sociedades Económicas del País.

Loado sea Dios que damos con crítico que no se deja tiranizar por precipitados juicios, que en fuerza de pavonearse sin pudor alguno, en impresos de toda laya se incrustaron por desgracia en las mentes españolas, satisfechas, no pocas, de poder achacar aquella supuesta soñolencia, aquel abominable retroceso, al poder absoluto de los reyes, y a la exaltación de las ideas religiosas.

El gongorismo, el culteranismo, el conceptismo, que tímidamente aparecieran en la literatura castellana a últimos del siglo XVI, van cobrando por desdicha, fuerza y bríos durante el siglo XVII. La literatura de este siglo, y especialmente en sus dos últimos tercios, se muestra altisonante y campanuda, abusadora hasta la exageración de la hipérbole, de la alambicada frase, del rebuscado concepto, de la imagen no siempre feliz sí siempre atrevida. Mas ¿qué literatura no ha pasado por trances tan duros, esto dejando a un lado que en la exuberancia grandilocuente de la frase, en el tropológico afán de corporizarlo todo, no solo entra por mucho el temperamento nacional, sino la misma sonora majestad de nuestro gallardo romance? ¿Acaso no estuvo en auge el "concetti" en Italia, el amaneramiento en la Corte de Isabel de Inglaterra, y en el histórico "hôtel de Rambouillet"? ¿Que aquellas literaturas, después de rendir fervoroso culto a tales extravagancias, se serenaron, y volviendo por los fueros de la verdadera belleza, torcieron de rumbo para encaminarse por más segura senda al templo de las Bellas Letras? Pues en España ocurrió lo mismo, en esa España donde según vamos a apuntar rápidamente, la reacción debía ser más tardía, ya que a la propia herencia de atrevimientos y exageraciones, debía añadir el siglo XVIII, la natural influencia que sobre gustos y costumbres, sobre el arte y la literatura podían y debían ejercer, no sólo el nieto de Luis XIV, sino cuantos con él de Francia fueron ansiosos de trocar la hispana nación en suntuosa sucursal de la corte parisina. Afortunadamente, y la historia así lo demuestra, Felipe V fué el menos francés de los franceses que a España llegaron, merced quizás a la saludable preponderancia que

en palacio ejerciera aquella genial mujer llamada la Princesa de los Ursinos.

Los postrimeros años del reinado de Carlos II, lo fueron de desaciertos políticos, de titubeos diplomáticos, de achatamiento para la nación española. ¡El infeliz monarca! ¡Qué podía hacer enfermizo y débil, para oponerse al crepúsculo que avanzaba, para detener el proceso histórico que trasiega, por decirlo así, las lumbraradas de inteligencia de un pueblo para llevarlas a otro? ¿Cuándo en qué época de la historia se eternizó en una nación el mundial saber? ¿Por qué no se ha de estimar como desmayo pasajero el adormilado estado de nuestras letras a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII? ¿Acaso no era lógico el cansancio tras la portentosa, la abrumadora tarea realizada por la inteligencia española desde don Juan II hasta la muerte del que, aun muerto no lleva trazas de morir, del insigne Calderón de la Barca?

En 1700, pues, al exhalar el último suspiro Carlos II, aquella nación que había abusado de la guerra y de la conquista, derramando su sangre con caballeresca despreocupación, estaba materialmente agotada; la monarquía carecía de homogeneidad, y así, y sólo así se explica que, al desaparecer del mundo de los vivos aquel rey, su vasto imperio pudiera fácilmente desmembrarse.

Al decir Luis XIV la última palabra, al sentarse en el trono de Carlos V, Felipe, todas las naciones entraran en lucha, ya que la posesión del Mediterráneo debía influir en los futuros destinos del comercio y de la navegación; y a aquel pacto de familia con Austria, sucedió el pacto de familia con Francia que debía fatalmente traer la más funesta de todas las guerras, la guerra civil, conocida en la historia con el nombre de "Guerra de Sucesión". Los dos pretendientes aperciben sus huestes y bajan al llano; los dos entran en Madrid para hacer acto posesorio de realeza; los dos defienden sus derechos a la corona que ciñera el Rey prudente; los dos suman a cientos los partidarios; y los dos, en ocasiones diversas, atan en lo alto de sus pendones y a guisa de corbata los deslumbrantes laureles de la Victoria. Felipe V, francés, y el archiduque Carlos, austriaco, batallan hasta 1714, venciendo el primero, más que por la fuerza de las armas, por la política sagaz y prudente de la ya citada Princesa de los Ursinos, que a despecho de las órdenes salidas de orillas del Sena, se afanó, y fuerza es con-

venir que en mucho logró su objeto, en español izar al primero de los Borbones.

Viudo el Rey (1), al penetrar en la península su nueva esposa, la intrigante Isabel de Farnesio, recomienza la lucha; y bien puede afirmarse que con ligeros intervalos de paz, las guerras duraron lo que duró la vida de aquel progresista y bien intencionado monarca, fallecido como se recordará en 1746.

Pero España conservaba a la sazón, con muy fuertes raigambres en su alma, los dos grandes ideales que la habían llevado al pináculo de la gloria: el amor a la patria y a la fe. Ya en otra ocasión pude referirme al supuesto fanatismo monárquico, demostrando que el respeto a la realeza, no fué en su fondo más que el respeto al jefe de la nación como representante genuíno del Estado.

No era, al llegar la dinastía borbónica a España, la vez primera en que el gusto francés penetraba franca y resueltamente por tierras de Castilla, y en que el espíritu de la nación vecina tendía a avasallar, hasta borrarlo, si a tanto alcanzaba, cuanto de genial mostraban castellanos y leoneses, astures y extremeños. Recuérdese como Alonso VII de Castilla protegió a los francos, y la influencia que en la naciente literatura tuvo D. Bernardo, Arzobispo de Toledo, influencia y protección que se fueron debilitando a medida que se iba templando el alma hispana en el yunque de la guerra muslímica; y véase como a la acción avasalladora de la prepotencia francesa en la primera mitad del siglo XVIII sucedió la reacción que pudiéramos llamar nacional capitaneada en las letras por Macanaz, Ferreras, Luzán, etc., reacción que culminó de heroica manera al comenzar el siglo XIX, en las calles de Madrid, en los baluartes de Gerona, en los campos de Bailen, en los desfiladeros del Bruch y en las almenas zaragozanas; prueba inequívoca del acerado temple de un pueblo que a despecho de ingerencias extrañas, y aun de gubernamentales disposiciones, sabe conservar en su pecho la ancestral herencia del amor a la patria, a la fe y a la libertad. La guerra de la Independencia, prueba con la irrebatible lógica de los hechos, que las ideas, el espíritu de la Regencia hallan hostilidad en la nación española, y que no logran influir en el alma nacional sino cuando las populariza la Revolución francesa.

Lógico era, señores, que tras aquel sol espléndido que hinchó

(1) La primera esposa de Felipe V falleció el 14 de febrero de 1714.

yemas, tostó trigales, coloreó racimos y colmó de riquezas el pegujar castellano, sonara, por las causas ligeramente apuntadas, la hora del crepúsculo vespertino, la hora en que se aduerme la madre naturaleza en el misterioso seno de la noche después de oídos los postreros ecos de las esquilas del rebaño o las sonoras campanadas del místico Angelus. Y con las últimas harmonías del melódico concierto, vibró el alma castellana a impulsos de nueva vida y de horizontes nuevos; y a los caliginosos días de los siglos de deslumbradora luz debían suceder lógica, necesariamente las concentradas meditaciones de los nocturnas horas. Llegó la noche, pero no la de impenetrable manto, poblada de negros fantasmas y visiones negras, cargada de tétricos misterios y enervantes pesimismos, sino la noche clara, fúlgida, transparente, en que en la bóveda celeste todo es orden, concierto y harmonía, y

en que lucen las estrellas
cual lámparas de un altar,

y en la tierra todo es quietud, reposo y silencio; no el mutismo reflejo de vital anonadamiento, sino la calma precursora de novísimos empujes fortalecidos al calor de sedantes lasitudes. Y en esa noche que apellidan siglo XVIII, si algunos críticos, ceñudos y desprimados, sólo aciertan a ver impenetrables sombras y densas obscuridades, yo, el más diminuto, y quizás por esto el más atrevido de los modernos, vislumbro refulgencias que me deslumbran, claridades que me arroban, llamaradas de luz que al encender en ígnea llama las hispanas inteligencias me avisan que si es bello el Sol, cuando esparce sus doradas hebras por la haz de la tierra, no son menos bellos la Luna, y Saturno y Neptuno y los astros de primera magnitud al platear con sus rayos el planeta en que se sufre y vive y piensa el doliente linaje humano.

A las horas de luz creadora de los siglos XVI y XVII debían naturalmente suceder las de meditación y criticismo del siglo XVIII; al derroche de color rafaelesco, las soñadoras sombras rembranescas; así como al nuevo despertar de aquel pueblo en que se harmonizan la claridad con las opacidades, la fantasía con la inteligencia, habían de aparecer los goyescos cuadros delatores del renacimiento de la psíquis hispana, tras el renovador letargo de los últimos días de Carlos II y de los primeros de Felipe V. Que así es la vida individual y colectiva, ideal tejido de luces y sombras,

altiveces y desmayos, quijotescos arrestos y sanchescos positivismos. No, y cien veces no; no creo en lo que ha dado en llamarse la noche intelectual de España, ya que durante aquel siglo tan sin razón zaherido, brillan con propia luz astros que nos envidian otros pueblos, y durante él, como en enorme y áureo crisol, se prepara el siglo XIX que a la muerte de Fernando VII ha de dar señales de pujante vitalidad con el duque de Rivas y Espronceda, Larra y Zorrilla, Balmes y Donoso Cortés.

Estudiada en su totalidad la labor intelectual española desde que en ella aparece en su majestuosa grandeza el genial Alfonso el Sabio, hasta que cierra los ojos a la luz, y cerca del palaciego alcázar aquel portentoso autor de "La vida es sueño", se me presenta tan deslumbradora y grande como la cultura helénica, tan sobresaliente y briosa como la cesárea cultura del Lacio. Y en mi afán de corporizarlo todo, se me antoja ver al intelecto español, cual nueva Minerva armado de todas armas allá por los siglos XI y XII; caminar a tientas durante el XIII; robustecerse sus músculos al correr de los siglos XIV y XV, y, ya vigorizadas sus fuerzas, tras quebrar con Juan de Austria la media luna, y surcar con Colón tenebrosos mares, lanzarse por vericuetos y atajos en pos de la alta cima donde se hiergue luminoso y altanero, el inmortal palacio de los escogidos, nuevo Partenón que ha de irradiar fecundante luz sobre los pueblos todos de la conmovida Europa. Calzadas las abarcas del patriotismo y de la religiosidad, y empuñando en su diestra el báculo del caballero, que puede ser fusta, espada, cincel, buril o pluma, trepa la ideal montaña, y a la cumbre llega sudoroso y jadeante, no sin ir deshojando durante el camino haces de flores que embalsaman el ambiente. Ya llegó a la meta. ¿Descenderá al llano? ¿Su propia grandeza le derribará con su peso, y rodando de peñasco en peñasco irá a morir en un rincón de olvidado valle? No; que en la cumbre quedará; allí se sentará no sólo para recobrar nuevos bríos sino para otear el camino andado y hacer el inventario de la labor realizada; y así durante el siglo XVIII surgen los gramáticos y los retóricos, los preceptistas y los antólogos, que se entretienen en aquilatar verdades, en descubrir bellezas, en razonar conceptos, en sutilizar pensamientos. Es el siglo por excelencia de la crítica, cerrada a veces, en ocasiones equivocada, a raros estrecha, a vueltas atrevida, pero siempre bien intencionada. Epoca de labor fecunda, si silenciosa, con me-

nos aparato que la de los siglos anteriores, pero necesaria, absolutamente necesaria, para que nacer puedan Ramón de la Cruz y Lista, Jovellanos y Meléndez Valdés. Entre la inercia y el reposo hay un abismo: España, en algunas manifestaciones, no en todas, de la producción intelectual reposó, no se adurmió hasta el extremo de no crear nada, o de crear delirando; no descendió al valle, se quedó en la altura. ¿Que aún hay más allá? ¿Que al lado de la escalada montaña, hay otra, y aun otras de mayor elevación? ¡Qué importa! Dejad que el caballero repose, y, no lo dudéis, volverá a emprender su ascensión, pues con Valera creo en un nuevo siglo de oro, que esta vez lo será, no sólo para la literatura peninsular, sino para la vastísima literatura hispano-americana, que no en balde laboran en el fecundo campo de las letras ochenta millones de cerebros que piensan, escriben y sienten en el majestuoso idioma de Yepes y Rivadeneira, Cabrera y Solís, Cervantes y Quevedo.

Este siglo, que al decir de Capmany "comenzó con el estruendo de las armas, el amilanamiento de las Musas y el destierro del buen saber, como del buen decir" (1), puede ostentar como timbres de gloria, la fundación de la Biblioteca Nacional en 1711, la de las Reales Academias Españolas, en 1713, de Medicina en 1734, de la Historia en 1738, de San Fernando y de Sagrados Cánones en 1757, pruebas todas fehacientes de los deseos de Felipe V y de su sucesor Fernando VI de sacar a las españolas letras de la postración en que las dejaran los cultores del saber desde no bien comenzara la segunda mitad del siglo XVII. Y de que en las inteligencias todas rebullía igual anhelo lo demuestran no sólo la fundación de diversas academias particulares, como la de la condesa de Lemus, y las oficiales de Bellas Letras de Barcelona y de Sevilla (2) en 1751 y 1752, respectivamente, sino la titánica labor a que se entregaron los noveles académicos de la Lengua para confeccionar el monumental "Diccionario" llamado de "Autoridades", el cual, dice Fitzmaurice-Kelly "a pesar de sus defectos valía más que cualquiera de los léxicos existentes a la sazón en Europa."

En combatir forasteras influencias, en fustigar a cuantos mal aconsejados se regodeaban con sólo pensar en convertir la patria literatura en feudataria o mero reflejo de la francesa; en luchar

---

(1) Teatro histórico y crítico, tomo V, pág. 11.

(2) Felipe V fundó en Barcelona una Escuela de Matemáticas y otra de Medicina en Sevilla.

tezonuda y denodadamente por la pureza y esplendor del habla de Castilla, se afanaron buen golpe de críticos y literatos de aquella centuria, tanto que con razón se ha podido afirmar que Moratín, en su "Derrota de los Pedantes", logra, por la gallardía de su prosa, codearse con los más renombrados maestros del habla castellana.

Esta escuela que puede llamarse de "reacción nacionalista", y en la que, aun quizás a despecho suyo, entraron no pocos afrancesados, dió opímos frutos, ya que es innegable su benéfica influencia; y si como literatos y hombres de ciencia puede citar a varios, conforme vamos a ver, cual fama traspuso las fronteras de su patria, como preceptistas y críticos pueden y deben recordarse con respetuosa consideración a Forner y a Luzán, a Mayans y a Capmany.

Forner, y aun más Luzán (1), cerraron briosamente contra el gongorismo, el exagerado abuso de la metáfora, de la imagen torturada y anfibológica, desastrosa herencia del siglo anterior; y aun siendo en ocasiones su crítica, especialmente la de Luzán en extremo acerba, y sus censuras acres en demasía y su estilo duro y su juicio harto severo, hay que convenir en que su labor contribuyó en mucho al despertamiento del buen gusto; que forzoso era, y así lo reclamaba el áureo ropaje del hispano pensar, que a la violencia del mal, que a modo de gangrena amenazaba roer la rozagante osamenta de nuestra contextura nacional, se opusiera el vivificante cauterio de la sana crítica. ¿Que ésta se extremó en ocasiones, y en otras calló esplendores y veló bellezas? Si hemos de lamentar estas veladuras y mutismos, bendecir debemos hoy aquellos extremos que lograron detenernos al borde del abismo donde íbamos a dar; a la acción deletérea y disolvente de la influencia francesa, sucedió la salvadora reacción que se inicia con las academias no bien Felipe V, vencedor de su a veces afortunado rival se sabe seguro bajo el regio dosel que cubría la calumniada figura del fundador del Escorial. Sin esta reacción alentada por el propio monarca, y por el marqués de Villena y Alvarez de Toledo, y Suárez

(1) Luzán contribuyó más que otro alguno, a lanzar a la literatura española en la genial corriente europea, lo cual en cierto modo era inevitable, dada la mísera postración de nuestras letras, y el empobrecimiento cada día mayor del espíritu nacional». M. Menéndez y Pelayo, «Ideas Estéticas», tomo III, vol. I. ¿No hay en estas palabras del eminente polígrafo exceso de severidad? Creo que sí.

de Figueroa y Antonio Nassarre, y Agustín Montiano, y Diego Torres, y Benito Feijóo y cien más; sin las protestas de unos y la meritísima labor de todos, ¿a qué estado hubiese llegado el melífluo idioma de Garcilaso, el lenguaje vibrante y majestuoso de Herrera, la dulcísima lengua del inmortal autor de la "Profecía del Tajo"?

En horas de paciente labor, y con el modestísimo caudal bibliográfico de que dispongo, fuí catalogando los nombres de otros tantos varones dignos por la claridad de su ingenio de que no caiga sobre sus producciones la pesada e irritante losa del olvido. Son muchos, muchísimos, más de lo que se imaginan aún críticos benévolos, los merecedores de un recuerdo; pero no voy a pasarlos a todos en revista: citaré tan solo, unos cuantos, los suficientes para devolverle al siglo XVIII el brillo que le negaran, los descontentadizos, los miopes, o los mal intencionados.

El valenciano Jaime Alcalá Martínez, logró universal renombre por haber combatido la opinión de que la operación cesárea no debía practicarse en la mujer viva. Demostró, realizándola con éxito feliz para la madre y el hijo, la certeza de su teoría, que expuso luego en 1753 — en un folleto.

Del P. Esteban Arteaga, a quien dedica nutridas páginas del tomo I de la "Historia de las Ideas Estéticas en España", Menéndez y Pelayo, acabando por afirmar que le cree merecedor de la palma entre todos los estéticos del siglo XVIII, dice también Navarro Ledesma, que merece aquel dictado; y de sobresaliente mérito debe ser su estudio sobre la "Belleza", ciencia a la sazón en mantillas, cuando Augusto G. Schelegel no se desdeñó de alabarlo y copiarlo.

Muy de cerca de varón tan notable se puede colocar a Azara, Mecenas de los artistas de su época, y tan apasionado por los estudios de su predilección, que mandó hacer escavaciones en Tívoli encontrando preciosas obras de arte, entre ellas el retrato de Alejandro Magno que regaló a Napoleón.

Al P. Juan Andrés, otro de los jesuitas expulsados, le cabe la gloria de haber sido el primer autor del mundo que trazó un cuadro sinóptico y sintético de toda la historia literaria. Y de tal mérito debió ser su obra, cuando escrita en italiano a los diez años había sido vertida al francés, al inglés, al alemán y al castellano. De su saber se puede juzgar sabiendo que el Rey de Nápoles lo nombró su Bibliotecario; que en 1799 la Corte de Austria le confió la Presidencia de todas las escuelas, y que elogian el mérito de su

labor Revilla, Menéndez y Pelayo, Ticknor y Fitzmaurice-Kelly.

El P. Francisco P. Alvarado, profundo filósofo, que hizo popular el pseudónimo de "El filósofo rancio", con laudable energía, e impecable estilo "se opuso — dice un crítico contemporáneo — a la corriente filosófico-enciclopedista que venía de Francia en pésimas traducciones." (1).

Gabriel Alvarez de Toledo tuvo, según Fitzmaurice-Kelly, algún inquietante presentimiento de la teoría evolucionista. A estar a lo que asegura Matute, poseía una vastísima cultura, dominando, además de varias lenguas modernas, la latina, la hebrea, la caldea y la arábiga. Como poeta se le considera el primer místico de su tiempo.

¡Lorenzo Hervás! ¿Quién al nombrarle no recuerda en seguida el "Catálogo de las lenguas", la primera obra de filología moderna en Europa? Pero cedamos la palabra al severo e imparcial Navarro Ledesma.

"Al siglo XVIII — dice — le cabe la gloria de haber producido al último humanista, y al primer filósofo del mundo, al P. Lorenzo Hervás y Panduro, de la Compañía de Jesús. Su "Catálogo de las lenguas" es el primero y fundamental cimiento de la ciencia filológica moderna, y el nombre del P. Hervás, entre los buenos filólogos, se cita junto a los de Francisco Bopp y Federico Diez, y antes que ellos."

Al Conde de Campomanes, descollante político y excelente escritor, le cabe también la gloria, y ahí están sus obras para probarlo, de haber sido si no el primero, de los primeros que en él viejo mundo se preocuparon en estudiar con plausible empeño, el modo de fomentar las industrias populares y la educación de los artesanos.

Al hablar de educación aparece en seguida en la mente el nombre de aquel insigne político, de aquel poeta, "el más poeta de su tiempo", de aquel estupendo polígrafo, de aquel hombre docto entre los doctos, y bonísimo entre los buenos, llamado don Gaspar Melchor de Jovellanos. Véase de qué cumplida manera hace su elogio el tantas veces nombrado Navarro Ledesma:

---

(1) Quien quiera conocer el pensamiento de tan [illegible] personalidad, lea el estudio que sobre él ha escrito D. J. M. March, en la Revista «Razón y Fe», números de octubre, noviembre y diciembre de 1912 y enero de 1913.

"Era Jovellanos — escribe — el hombre que ha hecho siempre falta a España, y que sólo dos o tres veces ha aparecido; y si descontando las grandezas pasadas y cotejando las diferencias de los tiempos, se le compara con el gran Cardenal Cisneros, nada se hará de más."

En su potente cerebro, sea permitido agregar, se albergaban todas las ideas de su siglo, y aun las que años más tarde con atropelladora irrupción debían caer sobre los campos sociológicos, preparando el anhelado bienestar del proletariado; y bien puede afirmarse que fué Jovellanos el primer socialista científico, el que tuvo la osadía, de mayor precio entonces que ahora, de tronar contra la propiedad acumulada y excesiva, causa eficiente de muchas injusticias, de muchos males y del nervioso malestar de las modernas generaciones.

Si a fines del siglo de que tratamos, tuvo España un político de esta elevación, en sus albores se destacó don Juan Fernández Pacheco, marqués de Villena, el principal apoyo de Felipe V, de quien dice Saint Simón: "Il savoit beaucoup et il etoit de toute sa vie en commerce avec la plupart de tous les savants des divers pays de l'Europe"; y después a don José Patiño, el hombre, según Hume, que contribuyó más que ninguno, desde la caída de Riperdá, a que España adquiriera en el mundo ese nuevo ascendiente. "Aun cuando era muy grande como estadista y diplomático — agrega el ilustre historiador — y grande debió ser para medirse con Walpole, Koningseg y Fleury, era más grande aun como economista."

¿Qué epítetos laudatorios se hallarán que no le vengan estrechos al benedictino P. Feijóo, el más alto representante, según un moderno crítico, del sentido común? ¿No fué en verdad por sus científicos y literarios atrevimientos el "ciudadano libre de la república de las letras" como se llamó él mismo? "Lustre de su patria y el sabio de todos los siglos", le llama Mr. Laborde; y William Coxe escribe: "La revolución que efectuó el P. Feijóo en los entendimientos de los españoles, sólo puede compararse a la que el genio poderoso de Descartes, acababa de hacer en otras naciones de Europa."

¿Y qué decir del movedizo Torres y Villarroel, que si en ocasiones se codea con Quevedo, en otras se pone a la par, ya que no le aventaje, del ilustre cogullado que se acaba de citar? Este autor,

escribe Azorín, representa por sus libros y por sus campañas universitarias, un avance del espíritu crítico, del espíritu de examen que se inicia a mediados del siglo XVIII — al finalizar el primer tercio fuera más exacto — y va creciendo hasta el final de dicha centuria.

El eminente polígrafo P. Sarmiento, mereció por su inmenso saber la admiración de Linneo; y de que mucho valía nos convencerán las siguientes frases de un sesudo crítico, que encierran además halagador concepto del talento intuitivo de los pensadores de aquellos tiempos.

"Fué virtud propia de aquellos eruditos del siglo XVIII, la de estudiar analíticamente los fenómenos naturales y las obras humanas; pero también la de presumir, adivinar y vislumbrar en muchos casos los descubrimientos posteriores."

Si no hay por que hablar de Capmany, ni de Burriel, ni de Jorge Juan, ni de Antonio Ulloa, cuales trabajos náuticos y geográficos, de estos dos últimos consultados y aprovechados fueron por los extranjeros, no es posible dejar de mencionar, por atropellado que sea el inventario, a Martínez y a Floranes, dos patriarcas, según Fitzmaurice-Kelly, de la historia jurídica española.

"La España Sagrada", del maestro Enrique Flores, es obra monumental sobrado conocida por cuantos a estudios históricos se dedican para que haya necesidad de detenerse en ponderar sus méritos.

La poesía harto decaída, falsa y amanerada a fines del siglo anterior, tiende de nuevo a levantar su vuelo para llegar a las altas cumbres del Parnaso: la nómina de los que con envidiable inspiración pulsaron el plectro de oro es sobrado larga; aun descartando rimadores y copleros; nos limitaremos a recordar, sin seguir orden cronológico, a Meléndez Valdés, el precursor más glorioso del romanticismo, según Martínez Ruiz; a Gerardo Lobo, a Hervás, a González Cadalso, a García de la Huerta, a Cienfuegos, a José Cadalso, y a las poetisas Gregoria de Santa Teresa y Ana de San Gerónimo.

¿No son acaso timbres de gloria para este siglo los nombres de Iriarte y de Samaniego, fabulistas ambos? ¿Quién no recuerda y no cita con frecuencia a Martín Fernández Navarrete, de quien tanto bueno pudiera decirse si hubiere lugar y espacio? De Vargas Ponce ¿quién, a poco leído que sea, no conoce y no ha estudia-

rando con deleitoso placer su célebre "Proclama de un solterón"? Y tómese en cuenta que si fué sobresaliente poeta, a igual altura [illegible] literato y crítico de arte.

Ilas Nasarre escribía ya, según afirma Ferrer del Río "muy limpio de lujarasca de emblemas y algarabía de vocablos" (1); a Gregorio Mayans le llamó Heineccio: "Vir celeberrimus, laudatissimus elegantissimus", y Voltaire "famoso", y Valera afirma que "sus obras le colocan en el número de los escritores más famosos de todos tiempos, y en el de los más eruditos de su siglo."

Los nombres de Luzán, "que escribía de belleza mucho antes que Marmontel y Batteux (2) de Masdeu, del P. Isla, de Hermosilla, de Forner, de los Moratines, de Ramón de la Cruz de Velázquez, de Burriel, de Pérez Bayer, del naturalista Ortega y del jurista Mora, etc., etc., no sólo gozaron fama en su propia tierra, sino que salvando fronteras y surcando mares llegaron a los lugares todos donde se avaloraba el saber y se aplaudía el talento. Y si con haber citado a muchos en esta rápida reseña, son aún más, en buen número más, los que citarse pudieran que diéronle brillo y esplendor al siglo XVIII, dígasenos, por Dios, si no es motivo de pesadumbre el notar que se le denigra hasta presentarlo como clarísimo exponente de la decadencia intelectual de España.

Jamás aserto alguno fué lanzado a los vientos tan sin razón: la centuria que puede enorgullecerse de haber dado vida al inmortal Goya, al P. Nájera el más ferviente defensor del atomismo, al citado Pérez Bayer, de quien orgullosamente decía Carlos III: "Ningún soberano se gloriará de tener un literato y un anticuario mejor que el mío", no merece ciertamente el desprecio con que lo tratan el mayor número de los críticos.

El detenido estudio del estado de las letras castellanas durante el siglo XVII, ha permitido asentar una afirmación que con

---

(1) «Como bibliógrafo y paleógrafo — se refiere a Nasarre — honra su nombre el largo prólogo que estampó al frente de la «Polygraphia Universa» de D. Cristóbal Rodríguez, inscribiendo las variaciones de la escritura española desde las monedas autónomas hasta el siglo XII. Como jurisconsulto supo unir el estudio de la arqueología y de las humanidades con el de los textos legales, y logró, no sin lucimiento, en el escuadrón de los Finestres y Mayans, merced a los cuales nunca se extinguió del todo en las aulas españolas la luz que en otras edades habían encendido Antonio Agustín y Antonio Gouvea, Covarrubias, Fernández de Retes y Ramos del Manzano». — M. Menéndez y Pelayo, «Ideas Estéticas», tomo III, volumen I.

(2) Menéndez y Pelayo, «Ideas Estéticas».

el debido respeto estimamos inexacta, o sea que España no pasó de literariamente hablando hasta la muerte del autor de "La vida es sueño". Si trabajo más medular y mejor documentado que este logra demostrar que desde los primeros años del reinado de Felipe V, aparece la reacción, y España entra de nuevo con sus políticos y estadistas, con sus diplomáticos y marinos, con sus médicos y juristas, con sus prosistas y poetas, con sus críticos y dramaturgos en el concierto de las demás naciones, fuerza será convenir en la precipitación con que se ha juzgado una época que si no es la más luminosa de nuestra literatura, dista mucho de ser la más obscura. Precisamente la entrada de los Borbones, en la patria de Cervantes bien se parece al toque de clarín que despierta al esforzado adalid para que, tras breve descanso, vuelva a emprender la ruta en procura de los laureles que debe ceñir en sus sienes cuando al mundo muestre los esfuerzos de su brazo, la altivez de sus bríos, los mandobles de su tizona y las fulguraciones de su no apagado talento.

Difícil, de toda dificultad es trazar en épocas tales, una línea divisoria que, con toda exactitud, separe un período literario de otro; y si no es empresa hacedera señalar con matemática precisión el año en que empieza y aquel en que fenece el siglo de oro de la literatura castellana, tampoco cabe en lo humano precisar con incontrovertible exactitud el día en que, reinando aún los Austrias, se inició la decadencia, y aquel en que gobernando ya los Borbones, comenzó la reacción. Mas si a puntualizar se me forzara, hechas previamente algunas salvedades, diríamos que las llamaradas del hispano ingenio pierden su brillo en la segunda mitad del siglo XVII, y al ocaso llegan cuando el infortunado Carlos II lanza su postrer suspiro, cual si a la tumba llevar quisiera con él las grandezas todas de su secular dinastía, de aquella dinastía que si no reconoció límites en su poderío político, tampoco pudo hallarlos en los inacabables horizontes de las ciencias y de las artes. Mas como no era posible arrancar de cuajo de la península española el amor a todo lo grande, ni amortajar nobilísimas aspiraciones, de la misma tumba en que encerrarse debían las glorias de aquel pueblo, surge, cual nuevo fénix, el deseo de recuperar los años fatalmente perdidos en tristezas irreductibles y en desalientos hipocondríacos.

Con el nacimiento de una nueva dinastía coincide el nacimien-

to de este calumniado siglo (1) XVIII en que todas las ramas del saber humano, que parecían desmayadas y sin savia, se hierguen cual si buscaran vida y calor en el sol que se levanta; en todas se detiene el intelecto español, alentado por los monarcas de la casa de Borbón; todo recibe impulso, que bien puede calificarse de soberano, porque soberanos son los que lo impelen: se organizan estudios, se crean cátedras, se acometen reformas, se fundan centros, se plantean problemas jurídicos y religiosos, políticos y sociales; se bucea en todo, y en todo se cava y ahonda, y el espíritu analítico se alza tan prepotente — quizás con atrevimiento excesivo — que no contento con investigar lo terreno, se atreve a derribar ancestrales preocupaciones, que aun teniendo puestas sus miradas en el cielo hundían su raigambre en el corazón del patrio suelo. Ya no se encarcela a quienes como Diego de Torres y el P. Feijóo luchan con denodado empuje para extirpar falsas creencias que antaño se disputaban como salvadoras; ya las ideas más atrevidas, buscando asolearse, bajan del estrado y del gabinete de estudio, a la calzada, a los cantones, a la encrucijada, para vulgarizarse y aplebeyarse; ya se afanan los menos, que siempre los sabios fueron los menos, porque la instrucción, cual vivificante sol, esparza sus rayos desde las murallas pirenaicas a las costas gaditanas; ya sobre la granítica cordillera, providencial valladar en la época de Cisneros, Santa Teresa y Loyola, se tiende el puente levadizo para que penetrar puedan las ideas que van señoreando a la Europa moderna; y bien puede asegurarse sin recelo que Felipe V y Fernando VI, y con ellos el núcleo de pensadores que a su labor regeneradora contribuyen, preparan con acertado criterio el luminoso reinado de Carlos III, la gigantesca epopeya de la guerra de la Independencia, y el claro amanecer del siglo XIX.

Los dos primeros reyes de la nueva dinastía diéronle a España todo cuanto podía darse en aquella época: ansias de renovación, deseos de crecimiento, anhelos de emular con nacionales esfuerzos, libres de extraña presión, los días más gloriosos del más glorioso de los monarcas de la Casa de Austria.

---

(1) Tanto se había ponderado la pobreza intelectual del siglo XVIII que crítico de gusto tan fino y depurado como Piferrer, en su obra, harto rara, «Clásicos españoles» al inventariar los preclaros ingenios literarios, pasa de los Argensolas, al reinado de Carlos III; sólo se salvan del olvido Mayans, Feijóo y el P. Isla.

Cierto es, y no hay por qué callarlo, que los censores más sañudos, al historiar el movimiento literario durante el reinado del tercero de los Borbones se deshacen en elogios de una época en que todo se remozaba y revivía; pero esta crítica un tanto atropellada no advierte, o no quiere advertir, que para que al llegar a Carlos III la literatura, el arte, el espíritu nacional pudieran manifestarse de nuevo, en cuanto tuvieran de genial en anteriores siglos, preciso era que un viento renovador hubiese antes recorrido la península haciendo riza de todo lo extranjerizo, sacudiendo a la par el alma hispana; viento que si al principio fue en algunos momentos cefirillo, trocóse a los pocos lustros en aquilón, limpiando el solar de nuestros antepasados, no sólo de ideas propias ya caducas, sino de los que por venir de ultra fronteras no se adhieren al terruño por tropezar al pretender hundir en él sus raíces, con las graníticas canteras del patriotismo o las férreas minas de su religiosidad. La gloria de que lo exótico se afincara en España, con evidente desprecio de los buenos españoles le corresponde por entero a la segunda mitad del siglo XIX.

Hora es ya de sintetizar.

Durante los primeros lustros del reinado de Felipe V, y aun diremos, mientras corrió meses y galopó años todo el siglo XVIII, críticos y literatos sólo se preocupan de desenterrar la fértil veta de la española inteligencia, que yacía cubierta en el hispano suelo por aluviones de foránea procedencia y cascajos del propio terruño. A su impulso desperézase del enervante letargo, y volviendo la mirada atrás, siente el deseo de nuevas empresas: admira lo que fué, adivina, como hemos visto, muchas de las conquistas venideras, y de nuevo se lanza en pos de lauros y preseas, bien cierto de que no puede enmudecer para siempre quien lleva en su entraña, palpitante de vida, las heredadas grandezas de ilustres progenitores. Y así, ponderada hoy con prudente parsimonia la labor intelectual de los españoles, desde que alborean los años esplendorosos, aquellas en que fulgen a borbollones torrentes de luz que iluminan a los pueblos todos, hasta que con la aparición del revolucionario romanticismo, que casi coincide con la muerte de Fernando VII, entra con firme paso en la moderna corriente de aspiraciones y de ideas, parécenos poder afirmar que si los siglos XVI y XVII lo fueron de "creación" y de "divulgación", de "erudición" fué el siglo XVIII, de cual materno seno nació robusto

y gaditano, justo para cargar al palenque de quiebras [illegible] y [illegible] por [illegible] los saberes [illegible], el siglo XIX que llamaríamos de "resurrección".

Son conviniendo que en algunos asuntos de índole meramente literaria y artística, ya que la económica y social nos interesa, recibió España la natural influencia de la nación vecina, opinamos con Menéndez y Pelayo que no tenemos que avergonzarnos por ello, ya que conforme antes se indicara, igual influjo ejerció sobre italianos, alemanes e ingleses, que nunca el saber hizo asiento definitivo en pueblo alguno de la tierra, antes al contrario, bien se le podría comparar a un inmortal viajero, observador curioso que gasta morar, durante su peregrinación por la tierra, en diversos lugares, para ir recogiendo las diversas modalidades de los pueblos que visita con ánimos de llevar al libro que empezó hace muchos siglos aun no se ha terminado, el reflejo [illegible] de una época ni de un pueblo, sino la historia intelectual del linaje humano.

No olvidemos, pues, de aquel siglo que a grandes rasgos hemos [illegible]: no lo presentemos a propios y a extraños como estéril y enfermizo, sólo porque no diera nacimiento a un "monstruo de la naturaleza", ni a un "manco de Lepanto", ni a una "[illegible] de Ávila"; no olvidemos que los genios no suelen abundar en ningún pueblo; empequeñecerlo y denigrarlo [illegible] en que si España durante el siglo [illegible] presenta la brillante pléyade de sabios literatos del [illegible] siglo de oro, no por ello deben ocultarse su [illegible] su labor, que abrió en varios rumbos del saber nuevos derroteros por donde circular pudiera potente [illegible] clara y deslumbrante la inteligencia mundial.

Llevaremos, lo que en no pocos libros se afirma, y pasando [illegible] por la carrera de la verdad, que nunca mostró [illegible] quienes con fe la recorren, alcemos pendón en honor del siglo XVIII, y a semejanza de antiguos paladines a la arena [illegible] siempre que contra él quieran guerrear prejuicios de [illegible] pasiones, o atropellados pareceres.

Ha terminado.

LS.H
M7488s

488817

Monner Sans, Ricardo
El siglo XVIII (introducción al estudio
de la vida y obras de Torres de Villarroel).

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED